

reunión, quitaran las mulas y fueran tirando del carruaje hasta la Colegiata, donde bajó S. E.

Oyó el *Te Deum* que se cantó, rezó devotamente á la sagrada imagen, y luego, acompañado del señor Arzobispo, del clero Catedral y del de la Colegiata, entró á la habitación que se le destinaba.



CAPITULO XIII

Guerra intestina en el campo santanista. Suárez sin ministerio

EN cualquiera otro hombre habría constituido una inferioridad, una falta notoria é imperdonable, lo que en Santa Anna formaba el mérito mayor: no tener parecer ni opinión conocidos, no contar con ideas ni programa de gobierno. Pero esto mismo hacía que todos los partidarios, todos los partidos, todos los credos y todas las ideas, lo consideraran materia dispuesta y se valieran de él como de un instrumento maravilloso.

Por eso, al rededor del jefe brillaban al mismo tiempo Alamán y Lerdo de Tejada, Juan José Baz y Rodríguez de San Miguel. Cumplido y Basadre, centralistas y fede-

ralistas, partidarios de la 7.^a base de Tacubaya y partidarios de la constitución de veinticuatro.

Por eso, tan pronto como el hombre se presentó en escena, vino el problema de inmediata resolución: ¿Qué política debía seguir? ¡Federación! clamaban los liberales. — ¡Centralismo! decían los conservadores. — ¡Ni centralismo ni federación! gritaban los moderados. Y entretanto, el pobre país estaba entre Cristo y Barrabás, sin saber qué convendría ni á qué carta quedarse.

Diariamente aparecían en los periódicos de México y de los Estados, candidaturas para el próximo ministerio. Unos postulaban á Ocampo, á Rosa ó á Olaguíbel; otros á Alamán, á Tornel, á Uruga ó á Haro.

En el Encero, según me lo refirió después Suárez, Santa Anna le mostró una famosa carta que el señor don Lucas le había escrito, dándole á conocer el programa del partido conservador.

«Ante todo, decía el perínclito historiador, pedimos se conserve la religión católica, porque creemos en ella, y porque, aunque no la tuviéramos por divina, la consideramos como el único lazo común que liga á todos los mexicanos, cuando todos los demás han sido rotos, y como lo único capaz de sostener á la raza hispano-americana, y que puede librarla de los grandes peligros á que está expuesta. Entendemos también que es menester sostener el culto con esplendor y los bienes eclesiásticos, y arreglar

todo lo relativo á la administración eclesiástica con el Papa; pero no es cierto, como han dicho algunos periódicos para desacreditarnos, que queremos Inquisición, ni persecuciones, aunque sí nos parece que se debe impedir por la autoridad pública la circulación de obras impías é inmorales...

»Estamos decididos contra la federación, contra el sistema representativo por orden de elecciones que se ha seguido hasta ahora, contra los ayuntamientos electivos y contra todo lo que se llama elección popular.»

Luego hablaba de una nueva división territorial, de una nueva organización de la milicia, de la supresión de congresos, y concluía leyendo la cartilla á Santa Anna: nada de negocios de agiotistas; nada de encerrarse en Tacubaya ni de retirarse á Manga de Clavo para que no se le viera ni en pintura; había que caminar muy derechos y sin extraviarse, so pena de lo que sobrevendría. A Suárez le supieron á rejalgarse aquellas cosas. Tampoco quería la federación, tampoco consentía en que le hablaran de congresos; pero no hallaba de su gusto que se le anticipara un hombre á quien temía, como Alamán. Mi maestro, ingenio lego y conocedor á fondo solamente de trampas y triquiñuelas, no quería que se le subiera á las barbas aquel caballero que sabía mucho de libros, pero más de trasteo de hombres y de mundología. Empezó por encontrar el programa vago y deficiente: cambiar la de-

marcación territorial, mejorar el ejército, introducir la moralidad en la administración, todos lo querían; ¿pero cómo se había de plantear aquello? Largamente, según parece, habló á S. E. para disuadirlo de hacer caso á Alamán; pero el benemérito, con aquella gramática parda y aquella mano izquierda que tenía, envió á Suárez para que conferenciara con don Lucas y le hiciera decir de qué medios pensaba valerse para salir adelante.

Fuimos á la casa del simpático viejecillo, y le encontramos ya de punta en blanco, elegante el traje, albeando la camisa, bien puesta la corbata, de las que llamaban de dogal y que le daba tres ó cuatro vueltas al cuello; hubiérase dicho que iba á brotarle la sangre de la piel blanca y finísima; parecía que el cabello y la barba le formaban una aureola de blancura; y que los dientes, también blancos y chiquitines, le servían para aparecer más guapo y cortesano. Pero de lo que no cabía duda era de que los ojuelos azules, maliciosos y penetrantes, buscaban hasta las reconditeces del alma del que hablaba con él, como diciéndole: «tú no me la das, porque yo sé la Biblia mejor que el propio Moisés.»

Cuando llegamos escribía algo sobre historia en un libro limpio, elegante y sin una tachadura, con pluma de ave y con letra parejita, chiquitina y firme. Sus hijos trabajaban cerca de él en mesitas especiales para que pudiera vigilar sus estudios don Lucas.

Recibió á don Juan con cordialidad, á mí con cortesanía, y se encaminó á un cuarto vecino, dejándome en el aposento tapizado de libros de historia, de minería, de literatura, de todas las cosas y en todos los idiomas.

Salió á poco don Juan; pero según me dijo, el resultado de la conferencia había sido nulo: el hombre de leyes y el de *muelles* no podían encontrarse porque caminaban en órbitas diversas.

Pero las intrigas menudeaban más de la cuenta. La noche que el General llegó á la Villa de Guadalupe, penetraron á su casa dos hombres con facha de conspiradores. El uno era alto, afligranado, pulcro en el vestir, guapo y exquisito; el otro, viejo y andando, como dice la frase vulgar, á manera de perico en el suelo; el uno tartajoso de pronunciación, el otro hablando un español al estilo de Castilla. Eran Haro y Tamariz y Alamán.

Aguardaron en casa del Canónigo Medina á que se despejara aquello de importunos y pretendientes, y por una puerta secreta se introdujeron á la habitación del elegido. Allí se ultimaron combinaciones; allí se acordó que debía desechar Santa Anna el nombramiento de *Capitán General*, que le había expedido Suárez, sugestionando á Lombardini, y allí se desechó la candidatura del propio don Juan para cualquier cargo importante.

El bueno de mi amo no se paraba en pintas: quería nada menos que ser ministro de la guerra á fin de tener en

su mano al ejército. ¡Vaya si el hombre gastaba bríos y empuje! De sacristán de la iglesia de San Felipe de Guadalajara, á comandante de batallón; de comandante de batallón, á teniente coronel del ejército; de teniente coronel, á coronel graduado de general; de coronel, á general efectivo; de general, á oficial mayor de guerra, y luego á ministro del mismo ramo!

Don Juan estaba como quien ve visiones: haber hecho una revolución, haber sugestionado á todo un pueblo, haber trabajado con ardor nunca visto, y luego encontrarse con que, mientras calentaba el horno, otros se comían el pan, eran cosas que lo ponían fuera de sí.

*Hos ego versiculos feci, tulit alter honores
Sic vos non vobis...*

me repetía sin cesar lleno de tristeza.

Pero en la forma, el muy bellaco no dejaba de incensar á Tornel, á quien, decía, adoraba como á su propio padre; mientras el ladino del ministro, que sabía muy bien á qué atenerse acerca de ese afecto, no cesaba de alentar á Suárez para que continuase en el puesto en que se consideraba rebajado.

¡Raro personaje ese Tornel! Alto, pálido, de labios exangües, de mirada desmayada, de ojos negros y brillantes — lo único que en él tenía vida por aquellos

tiempos — era la quinta esencia de la cortesanía. Gastaba un dialecto que le daba sello especial; parecía que se estaba oyendo á Zurita ó á Melo hablar en sus compasadas y venerables cláusulas.

Por lo demás, era hombre de positivo ingenio, instruído, disertó, lleno de amor al arte y á los artistas. Le llamaban Lorenzo el Magnífico, mexicano, porque en efecto, favorecía constantemente y con largueza cualquiera manifestación intelectual.

Pero Suárez, como la matrona bíblica, no quería ser consolado; creía en su valer y en sus servicios, y lo ponía frenético el que no se estimaran unos y otros, tal como debía ser.

La enemiga de mi mentor era sobre todo contra Alamán, á quien detestaba precisamente por lo mucho que el otro valía.

— No se aflija usted, decía Tornel con aquella su mónita y su mansedumbre; nada importa que el señor don Lucas tenga un asiento en el gabinete; no desmaye tampoco por la conformidad de opiniones de los señores Haro y Lares con el jefe conservador: esa unión es para atrapar las carteras; ya verá usted cómo yo consigo que el Presidente se desligue de todos los partidos; yo me lisonjeo de poder neutralizar á los unos con los otros.

— Pero usted, seguramente, exclamaba Suárez, nada ha dicho al señor Santa Anna sobre los inconvenien-

tes que resultan de aparecer Alamán en el ministerio.

— Yo conozco al General Santa Anna, replicaba el ministro, y una vez que se ha empeñado en tener junto á sí á Alamán, es necesario que se desengañe viéndolo de cerca; nada he querido decirle contra las personas sobre quienes él ha fijado de antemano su elección. Ahora lo que importa es que usted entre y aparente conformidad con todo lo hecho; veamos si podemos impedir que el señor Alamán lleve al ministerio de Fomento al señor Jáuregui, gobernador que fué de Querétaro y que es más entusiasta respecto á jesuitas que el padre Aguiar. Cuando yo salía, lo proponía al Presidente.

— Yo, exclamaba don Juan, no tomo parte más en estos negocios; me voy, porque tengo muchos asuntos que despachar y que firmar; es día de correo. Si yo hubiera sabido el desenlace de mis sacrificios, me habría estado quieto; no dejo en el acto el ministerio, por no dar un escándalo y á usted un disgusto...

— Calma, calma, repetía Tornel con sonrisa de escéptico.

Al fin la combinación quedó hecha: Alamán, relaciones; Tornel, guerra; Haro, hacienda; Lares, justicia.



CAPITULO XIV

Término de mis amores y principio del gobierno santanista

Al fin tuvimos correo regular del interior. Ocurrió á la casa de Guardiola, y en las listas vi mi nombre manuscrito. En un momento pagué la peseta, me dieron mi carta, y después de abrirla me puse á leerla en el zaguán de la oficina. Era una epístola del padre Luna, que con distingos y consuelos, con amabilidades y frases bonitas, trataba de hacerme tragar la píldora del próximo matrimonio de Trini.

«Eran ustedes de muy pocos años cuando anudaron
»lazos cuya importancia y duración no podían calcular.
»Ni tú tuviste un átomo de culpa asegurando á la niña
»que la querías, ni ella faltó en nada sosteniéndote lo